

Viajar: el eterno devenir de la ilusión

Julián D. Girolamo

Pocas situaciones del ser humano conllevan un paralelismo tan definido como el desarrollo de una profesión y el desarrollo de un viaje.

Este paralelismo claro y concreto define emociones y aprendizajes que se atraviesan con una solidez tan fuerte y prepotente que hace que profesión y viaje se determinen inexorablemente.

Cada viaje es asimilable a una mano de barniz sobre el carácter del incauto viajero, de efecto imperceptible a primera vista, fundamentalmente para el protagonista, pero cada uno de ellas deja su impronta y su temple.

Deviene inevitable replantearse quien es uno después de viajar, después de la mochila, como esto influye en la vida profesional, como el viajar potencia, perfecciona, complementa y finalmente define muchos aspectos de nuestra identidad.

En esta descripción puntual son tantas las vivencias y aprendizajes que he obtenido viajando que ahora, sentado frente a mi máquina, con el deseo de enumerarlas vienen hacia mí miles de imágenes y situaciones que sin haberlo pensado antes, hoy puedo concluir que gran parte de los frutos profesionales de los que hoy gozo son en producto de experiencias vividas en viajes, más de las que imaginé cuando inicié mi primera aventura de mochila.

En el camino emprendido, mi profesión estuvo marcada, aun antes de iniciar mi carrera, por la escuela del viajar y una vez concluidos mis estudios sabía desde hacía tiempo que mi mejor posgrado eran los caminos por recorrer, las idiosincrasias por descifrar.

El contacto con tantas realidades distintas me ha permitido, en primerísimo lugar, la desmitificación de grandes mundos inventados, de gigantescos miedos, basados en la sola ignorancia, en el puro desconocimiento. Significó la caída de un golpe abrupto, como es el choque de la realidad, de tantos prejuicios acumulados, de diferencias inexistentes, un golpe de contexto antes que nada.

Es así que las ideas que me había formado a lo largo de muchos años y las cosas que creí saber sobre otras partes del mundo, que en ese momento visitaba, cayeron casi por completo junto con las barreras creadas, las supuestas diferencias inexistentes.

Inmediatamente pude entonces identificarme con esas nuevas realidades ya que detrás de la desmitificación devino de manera inmediata la comunión.

Fue este entonces, uno de los mayores desafíos que el viajar me impuso, librarme de viejas ideas y ponerme en contacto con todo aquello con que me hermanaba a lugares del mundo tan geográficamente distantes a mi realidad.

No pude dejar de pensar entonces que, en definitiva, a pesar de las distancias, los problemas y las soluciones a muchas de las situaciones son las mismas sin importar la bandera, el idioma o el color. Esto me permitió así un contacto más real en mi carrera profesional con los conflictos y personas a tratar.

Pero a su vez pude comprender que a una misma situación se le plantean distintas soluciones y que cada una de ellas esta atravesada por la idiosincrasia y las costumbres de cada país o región, por lo que se me hizo imprescindible poner todos mis esfuerzos en tratar de comprender la lógica de razonamiento distinta a la que muchas veces me vi expuesto.

El camino recorrido, a su vez, me ha alimentado de manera fecunda en el arte de la improvisación de soluciones, la audacia de contar con solo una mochila como compañía, me ha permitido incorporar la conducta de gestionar mis recursos, de saberlos limitados y actuar en consecuencia.

Como contrapartida, el despojo de lo material me ha impuesto más de una vez el empleo de toda mi creatividad para salir airoso de muchas situaciones dificultosas.

Viajar con mi mochila y aplicar una forma simple de vivir me dio la capacidad de comprensión de las diferentes culturas, desde adentro, de acercarme a ellas desde los más mínimos detalles de *super-vivencia*, y a las personas y personajes encontrados en el camino.

El viajar y elegir hacerlo con una mochila implica no solo la meta del lugar a llegar sino la forma de llegar, es decir que se intenta buscar la manera mas económica conjugando el tiempo, el dinero, los recursos a veces escasos, el destino y el calculo de las imprevisiones posibles, es así que el viaje se convierte en una suerte de carrera de obstáculos donde se cuenta con un norte pero sin un camino definido, sin un esquema prefijado. Esta necesidad de previsión y planificación se transforma entonces en uno de los condimentos más excitantes del viaje y uno de sus mayores desafíos.

El viajar es aceptar y vivir plenamente el ahora. Estar presente y atento, sin juzgar, disponible, receptivo... Es la atención conciente, momento a momento, de estar con nosotros mismos recobrando la dimensión del ser: sentir la propia individualidad integrada a un todo, en un intercambio constante entre el adentro y el afuera.

Es la aparición de los distintos rumbos y circunstancias lo que exige estar alertas y en constante atención a las posibles contingencias. Se conjugan constantemente emociones placenteras con momentos de tensión y distensión, placer y adrenalina, lo que implica necesariamente tener que aprender a manejar los cambios de estados de ánimo sin que influyan de manera negativa en el logro del objetivo planteado como meta geográfica.

El recorrido me ha forzado a adaptarme, mediante el respeto a distintos principios básicos, a las más diversas realidades y ante las imprevisiones con que cuenta hasta el itinerario más prolijo.

El peregrinar implica la mayoría de la veces perder el miedo a lo desconocido, y a disfrutar de ello, se crea el hábito de la audacia como elemento de supervivencia y la gran mayoría de los problemas tienden a desdramatizarse ante la variada gama de situaciones extremas a las que la aventura de viajar de esta manera expone.

Tengo ahora una visión mas cercana a la realidad de muchas cuestiones prácticas, dispongo en consecuencia de una mayor confianza en mi capacidad de resolución y por ende puedo ver de manera mas objetiva y calma los infortunios que se presentan a diario en el desarrollo de mi profesión.

Es así que mediante esta nueva fe en mis capacidades y el mantenimiento de la templanza ante las inclemencias de lo impredecible se ha fomentado en mí la tolerancia y la disciplina necesarias para la comprensión y el conocimiento.

Los viajes me ayudaron por otra parte a identificar de manera patente muchas de mis limitaciones y por ende actuar en consecuencia sabiendo de manera mas ciertas cuales son mis limites y hasta donde puedo exigirme, para saber de manera mas cabal donde estoy parado y hacia donde puedo dirigirme. Consecuentemente he podido trabajar sobre muchas de estas limitaciones a los fines de erradicarlas. Y más revelador aún, pude a su vez, descubrir bondades de lo que hasta ese momento creí impedimentos y encontrar que es lo que tengo y puedo ofrecerle al mundo.

Moverse implica revalorizar nuestras virtudes y romper con viejas estructuras de pensamiento, necesariamente pensar las realidades desde ópticas diferentes; salir de nuestro eje de razonamiento tradicional, abandonar los convencionalismos y alimentar la imaginación mediante nuevas soluciones a problemas distintos, permitirnos a la vez dar nuevas repuestas a los viejos planteos. Se abren inevitablemente nuevas perspectivas de manera constante y uno esta preparado para afrontar las consecuencias de dichos cambios de una manera más natural y fluida, condición invaluable en el a veces turbulento desarrollo de una profesión.

Confirmado en cada paso de mis recorridos lo volátil de muchas situaciones y he aprendido a enfocarme en lo elemental, mejore notablemente mi capacidad en identificar prioridades y practicar de manera recurrente el ejercicio de poner toda mi creatividad al servicio de la supervivencia.

El viaje es la síntesis de una búsqueda inmemorial y con mi mochila es hacerlo de manera mas próxima y mas real a esa eterna pesquisa de la humanidad, del hombre en si mismo, una de las mejores formas de autoconocimiento, la externalización como mejor forma de introspección la mejor forma de definirme de conocer mi identidad.

No es casual que la historia del los primeros grandes mercaderes haya estado signada por los épicos viajes de negocios hacia lo desconocido. Los viajeros han sido desde tiempos inmemoriales seres adelantados a su época, incansables innovadores con una visión particular del comercio y los negocios, fueron grandes pensadores de lo impensado.

En síntesis el viaje remarca la identidad en el viajero sin rumbo pero con metas y los emprendedores sin remedios mágicos pero con convicciones y objetivos claros. Es el camino incierto que ambos recorren lo que nutre sus relaciones y engendra una fecunda identificación.

Es así que quien viaja emprende y quien comercia viaja, no se pueden escindir las cualidades necesarias para ambas experiencias, el mundo es muchas veces la mejor y más cruda escuela del arte comercial.

Que mejor aprendizaje que aquel que me impuso la adaptación al cambio constante y me hizo más resistente; que mejor preparación, que el entrenamiento en la improvisación.

El comercio internacional fue definido por aquellos intrépidos que ignoraron los límites y las fronteras, por aquellos que no aceptaron lo dado y se animaron a pensar un posible y cercano más allá.

Viajar es una eterna conquista entonces de nuevas herramientas de acción; es una aventura tal como la vida profesional y quienes sienten su necesidad entienden las implicancias de lo que escribo, un sentimiento que va unido y se complementa al otro.

Es imposible no salir enriquecido de un viaje, necesariamente el contacto con un lugar diferente al cual transcurre nuestra vida cotidiana y mas aún, con la sola compañía de una mochila, provoca un cambio, hay una metamorfosis implícita segura y profunda. Es una semilla fecunda en el alma, que aunque invisible, siempre germina, y nos modifica, nos fortalece. Salimos de un viaje, inevitablemente más reflexivos, abiertos, tolerantes, renovados, desprejuiciados. Geométricamente cada viaje aumenta, grado a grado, la amplitud de nuestro limitado ángulo de visión. Se fortalecen o desvanecen por completo nuestras convicciones, mientras el camino se va construyendo al andar.

Creo firmemente que viajar es hacer del mundo mi casa, mi lugar, cercenar los límites y las fronteras; pensarme ilimitado e invencible, no tener fronteras ni censuras, ser capaz de hacerlo todo, de sentir y ser parte del todo, esa es mi utopía.

En definitiva un viajero, un mochilero, es un audaz sobreviviente, un nómada, amante de la diversidad, preparado siempre para la acción, atento a la novedad. Un personaje inquieto que no se conforma, que busca nuevas soluciones, que no se frena, no se reprime, ni autolimita, alguien que se exige, se multiplica, se potencia y potencia a otros, que mas puedo entonces, como profesional y como ser humano exigirle a la basta experiencia de viajar. Puedo ahora permitirme soñar con un cambio, puedo ahora permitirme soñar con ser protagonista directo de ese cambio.